

—¡Bah, bah!—exclamó Fernando con tono de indolencia y fastidio.

Hubo una pausa. Todos contemplábamos al Rey, el cual, arqueando las cejas se pasaba la mano por la cabeza, cual si se cepillara el pelo hácia adelante.

—Pipaon—dijo al fin,—extiende la destitucion de Villamil... Que se le lleve esta misma noche.

Yo tomé otra pluma.

Así cayó D. Juan Perez Villamil; así cayeron tambien Echavarri, Ballesteros, Macanáz, Escoiquiz, el mismo Vallejo, nombrado aquella noche, Moyano, Leon Pizarro, Lozano de Torres, y otros muchos.

—Ahora extiende el nombramiento de don Felipe Gonzalez Vallejo, ministro de Hacienda.

Así subió Vallejo.

—¿Qué más hay?—preguntó Fernando con cierta somnolencia.

—Vuestra Majestad me concedió una bandolera—dijo tímidamente Artieda,—para el sobriño del señor Arcipreste de Alcaráz...

—Es que hay una sola vacante,—añadió Collado avariciosamente,—y Su Majestad me la tiene prometida.

—Es verdad—dijo el Rey.

Artieda miró á Chamorro con enojo.

—Esa vacante me la habia reservado yo para mí,—objetó con sequedad Paquito Córdoba.—Es mucha la ambicion del Sr. Collado. Despues que me ha disputado esa miserable canongía de Murcia como si fuese un imperio...

—Tienes razon—murmuró Fernando.

El aguador clavó sus ojos en el duque con expresion de envidia.

—Señor—dijo con suavidad sonriente don Antonio Ugarte.—Pocas veces pido mercedes de esta clase á Vuestra Majestad. Ya dije el otro dia que deseaba una bandolera para un jóven pariente mio.

—Nada más justo—repuso el Rey cerrando los ojos perezosamente.—Ugarte, todo lo que quieras.

El duque dirigió á Antonio I una mirada rencorosa.

—Señor—dije yo, sin encomendarme á Dios ni al diablo,—no olvide Vuestra Majestad que prometió una bandolera al señor conde de Rumbler, mi querido amigo.

El Rey abrió los ojos, sacudiendo la pereza, y exclamó enérgicamente, con aquella resolucion á que ningun cortesano podia oponerse:

—La bandolera para el señor conde de Rumbler... lo mando... Alagon, extiende el nombramiento ahora mismo.

Ugarte me miró, frunciendo el ceño.

Y se levantó la sesión, como dicen los liberales.

Como se ha visto, en las tertulias de Su Majestad nadie podía vanagloriarse de tener ascendiente absoluto y constante. Unos días privaba este, otros aquel, según las voluntades recónditas y jamás adivinadas de un monarca que debiera haberse llamado Disimulo I. Además aquel discreto príncipe, que así delegaba su autoridad y democráticamente compartía el manto regio con sus buenos amigos, como compartió San Martín su capa con el pobre, no tuvo realmente favorito, no dió su confianza á uno solo, elevándole sobre los demás; jugaba con todos, suscitando entre ellos hábilmente rivalidades y salutífera emulación, con lo cual estaba mejor servido y los destinos y prebendas más equitativamente repartidos.

De lo que anteriormente he contado puede dar fé un ministro de Su Majestad por aquellos años (*), el cual en papel impreso muy conocido, dice, echándose de rigorista y de censor: "...pero lo peor es que por la noche da entrada y escucha á las gentes de peor nota

(*) Lardizábal, ministro de Indias (absolutista.)

«y más malignas, que desacreditan y ponen
«más negros que la pez, en concepto de S. M. á
«los que le han sido y le son más leales... y de
«aquí resulta que, dando crédito á tales suge-
«tos, S. M. sin más consejo, pone de su propio
«puño decretos y toma providencias, no sólo
«sin consultar con los ministros, sino contra lo
«que ellos le informan... Esto me sucedió á mí
«muchas veces y á los demás ministros de mi
«tiempo... Ministros hubo de veinte dias ó
«poco más, y dos hubo de 48 horas; ¡pero qué
«ministros!»

Por las declamaciones de este escrupuloso
descontentadizo no se vaya á creer que la ca-
marilla era cosa mala. Era, por el contrario,
lo mejor del mundo, sobre todo para nosotros,
que traíamos los negocios del reino de mano en
mano y de boca en boca, despachándolos tan
á gusto del país, que aquello era una bendición
de Dios. Ninguno, sin embargo, pudo jactarse
de ser el primero en la voluntad y paternal ca-
riño de aquel bondadoso soberano absoluto; y
en prueba de ello referiré lo que sucedió al dia
siguiente de la reunion que con todos sus pun-
tos y señales he descrito, no apartándome en
todo el discurso de ella ni un ápice de la
verdad.

Al dia siguiente, como dije, volví á palacio

y encontré al Sr. Collado, al Sr. Artieda, y al señor duque muy alarmados. ¿Por qué? Porque el Rey estaba conferenciando á solas con un sugeto que hasta entónces no habia sido recomendado ni introducido por ninguno de los sobredichos palaciegos. Creyóse que seria algun emisario de Ugarte, pero entró enseguida don Antonio y negó el caso.

Reunímonos todos en la antesala y á poco vimos salir á un fraile francisco, jóven, bien parecido, excelente mozo, que más parecia guerrero que fraile; de aspecto y ademanes resueltos, mirada viva y revelando en todo su continente y facciones una disposicion no comun para cualquier dificil cosa que se le encomendara.

—¿Quién es este pájaro?—preguntó Ugarte demostrando en su tono que estaba completamente desconcertado.

—Se llama fray Cirilo de Alameda y Brea, —dijo Artieda, que estaba fuerte en todo lo referente al personal eclesiástico de la monarquía.

—Y ¿qué es este hombre?

—Fué maestro de escuela en Pinto.

—Y despues marchó á Montevideo, donde se ocupaba... No seria en cosa buena.

—En redactar Gacetas.

—Es hombre que pone bien la pluma, según parece.

—Vino por vez primera con el general Vigodet—añadió Paquito Córdoba.—Su Majestad le ha recibido después en varias ocasiones, y nunca he podido averiguar...

—¿No ha dejado traslucir nada?

—Absolutamente nada.

—Hoy ha durado la conferencia dos horas.

—¿Y ninguno de Vds. sabe nada?—repitió Ugarte, interrogando todos los semblantes.—Yo estoy confundido.

—No sabemos una palabra.

—Pues estamos bien... ¿Apostamos á que este tunante de Pipaon lo sabe todo?

—Ni una palabra—respondí tan confuso como los demás.

Y era la verdad que nada sabía. Más adelante todos desciframos el enigma, que me hizo decir *no hay funcion sin fraile*; pero no ha llegado aún la ocasión de revelarlo.

XXII

Antes de seguir, quiero indicar las observaciones que sugirió el manuscrito de estas Memorias á una persona de aquellos tiempos y

de estos. D. Gabriel Araceli (*), á quien lo mostré (no es preciso decir cuándo ni cómo), me dijo que los lectores de él, si por acaso lograba tener algunos, no podrian ménos de ver en mí un personaje de las mismas mañas y estofa que Guzman de Alfarache, D. Gregorio de Guadarría ó el Pobrecito Holgazan; á lo cual le contesté que sí, y que de ello me holgaba, por ser aquellos célebres pícaros de distintas edades los más eminentes hombres de su tiempo, y caballeros de una caballería que yo quería resucitar y que se perpetuase en la edad moderna. Dijo tambien el sobredicho señor, que nada de lo que pinté ó describí con burdo ó sutil estilo, se diferenciaba un punto de la verdad.

—La comparsa en que Vd. figuró, señor D. Juan—dijo al fin, echándosela de dómíne sermonista,—fué de las más abominables y al mismo tiempo de las más grotescas que han gastado tacones en nuestro escenario político. Cuanto puede denigrar á los hombres, la bajeza, la adulacion, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con talento. El alma se abate, el corazon se oprime al conside-

(*) Es el protagonista de la *Primera série*.

rar aquel vacío inmenso, aquella ruin y enfermiza vida, que no tiene más síntomas visibles en la exterioridad de la nacion, que los execrables vicios y las mezquinas pasiones de una córte corrompida. No hay ejemplo de una esterilidad más espantosa, ni jamás ha sido el genio español tan eunuco.

«Los junteros de 1808, los regentes de 1810, los constitucionalistas de 1812, cometieron grandes errores. Iban de equivocacion en equivocacion, cayendo y levantándose, acometiendo lo imposible, deslumbrados por un ideal, ciegos, sí, pero ciegos de tanto mirar al sol. Cometieron errores, fueron apasionados, intemperantes, imprudentes, desatentados; pero les movia una idea; llevaban en su bandera la creacion; fueron valientes cual ninguno al afrontar la empresa de reconstruir una desmoronada sociedad entre el fragor de cien batallas; y rodeados de escombros, soñaron la grandeza y hermosura del más acabado edificio. Hasta se puede asegurar que se equivocaron en todo lo que era procedimiento, porque lo que discurrían como sábios lo hacían como niños. La especie de tutela á que quisieron sujetar en 1814 al Rey, viajero desde Valencey á Madrid, y el pueril formulario ideado para hacerle jurar á él, vástago postrero del absolutismo, la precoz

Constitucion de Cádiz, fueron yerros que debian producir el golpe de Estado del 10 de Mayo. Hasta se puede sostener que Fernando estaba en su derecho al hacer lo que hizo; pero nada de esto atenúa las grandes, las inmensas faltas de la monarquía del 14. Fué la ceguera de las cegueras. La crueldad, la gárrula ignorancia de aquella política no tiene ejemplo en Europa. Para buscarle pareja hay que acudir á las atrocidades grotescas del Paraguay, allí donde las dictaduras han sido sainetes sangrientos, y han aparecido en una misma pieza el tirano y el payaso.

„No existe nada más fuera de razon, más inútil, más absurdo, que la reaccion de 1814; no sucedió á ningun desenfreno demagógico, no sucedió á la guillotina, porque los doceañistas no la establecieron, ni á la irreligion, porque los doceañistas proclamaron la unidad católica; ni á la persecucion de la nobleza, porque los nobles no fueron perseguidos: fué, pues, una brutalidad semejante á los golpes del hado antiguo, sin lógica, sin sentido comun. Nada de aquello venia al caso. Si Fernando hubiera cumplido la promesa hecha en el manifiesto del 4 de Mayo, si hubiera imitado la sábia conducta de Luis XVIII, que desde la altura de su derecho saludaba el derecho de las naciones;

¡cuán distinta sería hoy nuestra suerte! Sin necesidad de aceptar la Constitución de Cádiz, que era un traje demasiado ancho para nuestra flaqueza, Fernando hubiera podido admitir el principio liberal, inaugurando un gobierno templado y pacífico para la nación y por la nación. Pero nada de esto hizo, sino lo que usted ha descrito, y aquellos seis años fueron nido de revoluciones. El desorden germinó en ellos, como los gusanos en el cuerpo insepulto. Desde 1814 á 1820, hubo en España trece conspiraciones, todas para derrocar el gobierno absoluto, una para esto y para asesinar al Rey. Abortaron las trece, pero la décima cuarta parió... Los liberales se presentaron con la rabia del vencedor y la hiel criada en el destierro. ¿Qué les impulsaba en 1812? La ley. ¿Y en 1820? La venganza. Continuaba el vicio, la corrupcion, la crueldad; pero el absolutismo de Vds. habia sido tan rematadamente malo, que en los liberales del trienio famoso podia haber crueldad, ambicion, rapacidad, venganza, imprudencia, y aún dosis no pequeña de tontería... podian aquellos benditos avanzar hasta un grado extremo en la escala de estos defectos, sin temor de llegar nunca, no digo á superar, pero ni siquiera á igualar á sus antecesores. "

Así mismo me lo dijo, y se quedó tan fresco.

XXIII

Pero vamos adelante con mi cuento.

¿Se ha comprendido ya cuál era mi plan en el asunto, ó si se quiere, en la hábil intriga cuyo hilo se extendia desde los intereses de la familia de Porreño hasta la paternidad de D. Alonso de Grijalva? Creo que no serán necesarias explicaciones prolijas de aquella *operacion*, como hoy se dice, hecha sin dificultades mayores y con éxito mejor del que podia esperarse, considerada su delicadeza. Aburrido Grijalva de ver que á pesar de la palabra real, no echaban de las cárceles al tuno de su hijo, admitió las propuestas que mañosamente y por conducto de varones exclarecidísimos y muy discretos le hice, resultando de ellas que me vendió los créditos contra las señoras de Porreño por la mitad de su valor. Anduvo en aquestos tratos el licenciado Lobo, con tan buen pié y mano, que D. Alonso, muy rebelde al principio, llenóse de miedo y á todo lo que quisimos asintió al fin.

Despues me quedaba lo peor y más amargo del caso, cual fué apretar á las señoras de Por-

reño, para que pagasen, y, quitándoles toda esperanza de moratoria (por la rotunda negativa del sábio y justiciero Consejo), proceder al embargo de bienes. Aquí sí que no fué posible disimular, porque D. Gil Carrascosa vendió á las venerandas señoras mi secreto, y un dia en que tuve el mal acuerdo de presentarme en la casa recibíéronme como es de suponer. Desde entonces, quitado el último puntal de aquella histórica casa, todo vino con estrépito al suelo, entre alaridos de despecho y sollozos de aflicción. Las señoras de Porreño pasaron á la region de las sombras. Su última época solitaria y lúgubre está escrita en otro libro (*).

Renuncié, como es consiguiente, á su amistad, y me ocupé de aquellas excelentes tierras de Hiendelaencina, de Porreño y Torre Don Jimeno, tan diestramente ganadas con mi talento, con mis ahorros y con el dinero que don Antonio Ugarte me prestara para reunir la cantidad necesaria. Mucho tardé en adjudicármelas, á causa de las dilaciones de la curia; pero al fin constituíme en propietario, soñando con establecer un mayorazgo.

Pero retrocedamos á los dias de mi anterior relacion, que eran los últimos de Febrero y pri-

(*) En *La Fontana de Oro*.

meros de Marzo de 1815. La Real Caja de Administracion tuvo el honor, nunca por ella soñado, de caer en mis manos.— ¡Bendito sea Dios Todopoderoso y Misericordioso, que arregla las cosas de modo que ningun desvalido quede sin amparo! Dígolo por aquellos miserables y huérfanos juro que hasta mi elevacion no tuvieron arte ni parte en ninguna operacion rentística. Los pobrecitos no soñaban sin duda que toparian conmigo ni con la destreza de estas limpias manos, y á poco de mi entrada en la Caja engordaron hasta el punto de que no los conocia el pícaro secretario de Hacienda que los inventó.

¡Qué satisfechos quedaron de mis servicios el noble duque, y D. Antonio Ugarte! ¡Qué elogios hacian de mi impetuosa voluntad, la cual derechamente se iba al asunto sin reparar en pelillos! Yo tambien estaba envanecido de mí mismo, y entónces empecé á conocer lo mucho que para tales asuntos valia: Yo era una firme columna del Estado; yo desplegaba en servicio de mi Soberano absoluto y del sumiso reino, tendido á sus piés como un perro enfermo y calenturiento que no puede moverse de pura miseria, las más altas calidades intelectuales. Indudablemente Dios debia de estar satisfecho de haberme criado, viéndome tan hormiguilla,

tan allegador, tan mete-y-saca, tan buen amparador de los poderosos para que los poderosos me amparasen á mí. ¡Qué minita era aquella sacrosanta Administracion! ¡Qué terrenos inexplorados! En tal materia, yo era más que Colon, porque éste descubrió un mundo y yo descubría todos los días uno nuevo.

No hay que decir que yo navegaba á toda vela, como diría mi amigo el Infante, hácia el Real Consejo. Todo marchaba á pedir de boca en derredor mio. ¿Y qué diré de aquel seráfico ministro de Hacienda, D. Felipe Gonzalez Vallejo? Hombre de mejor pasta no se ha sentado en poltrona. El pobrecito era tan buenazo, tan sano de corazon, tan amable y complaciente, que todos los negocios pequeños, como nombramientos y demás menudencias, estaban en manos de Artieda y del Sr. Chamorro. De los grandes se encargaba D. Antonio Ugarte. Dios se lo pague á aquel bendito ministro, que no tenia gota de hiel en su corazon, ni humos de vanidad en su cabeza. Parecia que no habia tal ministro. Si todos los que han ocupado el sillón hubieran sido como él, otra seria la suerte de este desamparado y caido reino.

En asuntos que no eran administrativos, iban mis cosas medianamente. Antes de lo referido últimamente, yo veia á Presentacioncita

todos los dias en casa de las señoras de Porreño; pero cuando estas descubrieron la sutil urdimbre que mi travesura les preparara, concluyeron para mí las entradas en la casa de la calle del Sacramento. Asistió Presentacioncita á la ruidosa escena en que doña Paz y doña Salomé me notificaron con encrespadas razones, no menos sonantes que las olas del mar, su soberano desprecio, lo cual me causó pena, porque no era muy de mi gusto pasar por un intrigante de mal género á los ojos de la dulce niña de la condesa. Pocos dias habian pasado despues de la escena en la Cámara régia que ántes describí. Robáronme algun tiempo los amigos que de Vitoria y la Puebla de Arganzon vinieron á solicitar mi ayuda para distintas pretensiones, entre ellos el venerable patriarca D. Miguel de Baraona, con su encantadora nieta (próxima á ser esposa de un jóven guerrillero), D. Blas Arriaga, capellan de las monjas de Santa Brígida de Vitoria, y otros que más adelante serán conocidos; pero luego que me dieron algun respiro, consagréme en cuerpo y alma á la adorable Presentacioncita, en virtud de proyectos más ó ménos dulces, recientemente concebidos; que en materia de proyectos, mi cabeza no conocia el descanso, ni mi impetuosa voluntad el hastío.

Contra lo que yo esperaba, la señora condesa de Rumblar no me cerró las puertas de su casa, ni aún decoró su estatuario semblante, cual solia, con el grandioso ceño, y los agridulces mohines propios de tan alta señora. Verdad es que yo, además de entregarle la bandolera para su hijo, haciéndole comprender que sin mí nada le habria valido la recomendacion de Ximenez de Azofra, le habia prometido mi eficaz amparo en el pleito que desde 1811 sostenia contra los Leivas. Tampoco Presentacioncita se mostró ceñuda, á pesar de su adhesion á la familia de Porreño; pero no lo extrañé, porque siendo yo el libertador de Gasparito, bien merecia perdon; y el novio suelto no debia de valer ménos que las amigas arruinadas.

Todo mi afan consistia en disponer de lugar y hora á propósito para hablarle largamente á solas, apretándome á ello el deseo de comunicarle cosas de la mayor importancia. Sin esperanza de que me concediera tal gracia, pero decidido á todo, propúsele la conferencia, y ¡cuál seria mi sorpresa al ver que aceptaba y que bondadosamente prometia señalar sitio y momento oportuno, de tal suerte, que la vigilancia materna no nos estorbaba? Yo estaba absorto: indudablemente habíase verificado en su carácter cierta mudanza radical, porque la dichosa

niña ponía en todos sus actos y palabras mucha seriedad, cesando de mortificarme con las bur-las y epigramas de antaño.

Discurrió ella el modo de que á solas la ha-blase, y fué por un arte ingenioso, tomando el trage de cierta muchacha que entónces la ser-
via, y poniéndose de noche á una reja, donde la doncella acostumbraba conferenciar con cier-to dragon de Farnesio.

No se me olvidará jamás aquella noche en que tuve la dicha de respirar el dulce aliento de la adorable niña, tan de cerca, que el calor de su rostro aumentaba el del mio, mareándome. ¡Y cómo brillaban sus negras pupilas en la os-curidad! Cada vez que aquel vivo rayo dimi-nuto surcaba el espacio comprendido entre nuestros semblantes, yo me ponía trémulo. ¡Qué linda, qué seductora estaba aquella no-che! Su agraciado rostro se magnificaba con la melancólica seriedad en que le envolvía como en un velo misterioso. Estaba descolorida, des-velada, y así como no habia frescos colores en su rostro, tampoco habia en su alma aquella plácida felicidad risueña que en época anterior irradiaba de ella, como del astro la luz, hacien-do felices tambien á cuantos la rodeaban. Páli-da y meditabunda ahora, parecia ocupada de pensamientos extraños.

Yo tambien lo estaba... ¡ay! yo estaba intranquilo, demente; yo no dormia, yo no tenia paz en el corazon, porque me agitaba un ansioso afan, un proyecto de inmensa gravedad que absorbia las potencias todas de mi alma incansable é insaciable.

XXIV

Llegó al fin la hora de la cita.

—¡Qué miedo tengo Sr. de Pipaon!—dijo cuando cambiamos los primeros saludos,—¡qué miedo tengo, á pesar de las precauciones tomadas! No es fácil que mamá ni mi hermano me descubran; pero sí Gaspar, que por las noches ronda la casa, no contento con vigilarme de dia, imponiéndome su voluntad hasta en los actos más insignificantes...

Despues de tranquilizarla sobre este particular, le dije:

—Encantadora niña, ¡cuán mal sienta á esa incomparable persona, digna de un emperador, afanarse por un mozalvete sin fundamento, como Gasparito Grijalva! Mal empleados ojos puestos en él, mal empleada boca hablándole, y mal empleado corazon amándole. Presenta-

cioncita, Vd. no se ha mirado al espejo, usted no conoce su mérito, Vd. no ha sabido apreciar el inmenso valor de su propia persona, la cual es de tanta valía, que casi casi no conozco ningun hombre digno de poseerla.

—¡Qué adulator es Vd!—replicó sonriendo vagamente.—¿Es eso lo que tenia que decirme?

—Por ahí empiezo, niña mia; empiezo por pasarme de que quiera Vd. al hijo de don Alonso, habiendo en el mundo tanto bueno...

—Puesto que he venido aquí á hablar á usted con franqueza—dijo interrumpiéndome—no le ocultaré que Gasparito no me interesa ya gran cosa.

—¡Oh, confesion admirable!—exclamé con gozo.—Mire Vd... me lo figuraba. Si no podia ser de otra manera. Si esos ojos fueran nacidos para mirar á Gasparito, merecerian cegar. Digan lo que quieran, no se hizo el sol para los insectos.

—Yo no sé lo que ha pasado en mí,—prosiguió—pero de la mañana á la noche se me ha concluido la aficion que á Gasparito tenia. Esto parece raro, pero no lo es, porque á muchas ha ocurrido lo mismo.

—Es que algunas chiquillas toman por amor lo que no lo es; y cuando viene la pasion verdadera, se asombran de haber derramado aque-

llas primeras frias lagrimitas por un objeto indigno.

—Yo creia estar apasionada de Gaspar ¡cosas de chiquillas! Cuando una juega con sus muñecas cree amarlas mucho, y despues se rie de ellas.

—¡Admirable idea!... Gasparito es una muñeca, y para Vd. acabó de repente la época de los juegos.

—Confieso que en un tiempo le quise...

—¡Ah, en un tiempo!.. Luego...

—Gaspar es un muchachuelo vulgar, un jóven adocenado—dijo expresándose con cierto desden.—¡Parece mentira que yo la amara!... ¡Qué grande error!

—¡Enorme error!... pero en fin, nada se ha perdido. Ahora bien: ¿puedo saber desde cuándo?...

—¿Desde cuándo?—repitió en un tono que revelaba sin género de duda cortedad de génio.

—Pero no me lo confiese Vd., niña—dije con viveza.—A ver si lo adivino yo. ¿Apostamos á á que lo adivino?

—¿Apostamos á que no?

—¡Ay! Presentacioncita, yo no carezeo de perspicacia. Desde aquella noche en que salimos de casa y tuvimos la malhadada aventura de la calle del Bastero, y aquel descomunal susto,

cuando me ví precisado á hacer uso de las armas...

—Que se quema, que se quema Vd.

—Sí, desde aquella noche, desde aquel encuentro con dos caballeros desconocidos, cuando Vd. perdió el sentido y... ¿cierto, mi señora doña Presentacioncita? ¿Sí ó no?

—Sí—repuso con voz que apenas se oía, más semejante á un suspiro que á una voz.

Alzando los ojos contemplaba el cielo con tristeza.

—Pues bien—añadí lleno de entusiasmo,—los pensamientos de Vd. se avienen perfectamente con lo que yo tenia que decirle. Nos entendemos. ¡Benditos corazones los nuestros que así concuerdan, respondiendo el uno á los afanes del otro!

—Yo soy muy desgraciada, D. Juan,—me dijo.—¿No conviene Vd. en que soy muy desgraciada?

—Segun y cómo—respondí,—segun y cómo. Puede Vd. ser muy desgraciada, pero muy desgraciada, y puede ser feliz, muy feliz, felicísima.

—Lo primero es lo cierto.

—¡Ah, si Vd. supiera, si yo dijera aquí todo lo que sé! ¡oh, arcángel enviado por Dios á la tierra para consuelo de los tristes mortales!...

Pero vamos por partes. ¿Se acuerda Vd. de la función de los Trinitarios y de la recepción de Su Majestad en la sala capitular del convento?

—¡Qué si me acuerdo!—exclamó, cubriendo el rostro con sus manos y descubriéndolo después más pálido, más bello, más interesante.— Ya que se ha establecido entre nosotros cierta confianza, ya que he hecho ciertas revelaciones que me han costado mucho, no ocultaré nada, respetable amigo mio... Aquel día la presencia de Su Majestad y el reconocer en sus nobles facciones las mismas del generoso caballero que me había amparado la noche anterior, produjeron general trastorno en mi alma. Sentí primero una especie de terror. Yo no había visto nunca á Su Majestad. La idea de haber estado tan cerca, de haber estado en los mismos augustos brazos del Rey, de aquel gloriosísimo monarca, de aquel hombre que casi no lo es, por su superioridad sobre los demás, me conturbaba y confundía de tal manera, que no era dueña de mí misma. Durante todo el día estuve atónita, paralizada, estupefacta. Parecíame que resonaba su voz en mis oídos constantemente, y que no se apartaban de mí aquellos negros ojos majestuosos, á los de ningún hombre parecidos.

—¡Admirable concordia de sentimientos!—